

Llegaba á maldecir mis deberes de jefe, y sin embargo el pensamiento de que lo era me llenaba de orgullo. Gustaba de repetirme que era el señor de aquella caravana, el general de aquel semi-ejército, y que Lillián sabía que estaba en mis manos y de mí dependía la suerte de aquellos hombres que avanzaban tras los carricoches á través de las inmensas pampas.



CAPÍTULO SEGUNDO

CRUZAMOS el Misisipí y acampamos en Cedar-River; pasando la noche en sus hermosas orillas, cubiertas de algodoneros.

Cuando me alejaba de los hombres que, armados de hachas, se internaban en los vecinos matorrales para cortar la leña que durante la noche debía alimentar las fogatas del campamento, vi á corta distancia la demás gente de la caravana, que aprovechando las horas de reposo y los encantos del caer de la tarde de un día primaveral, vagaba alegre por la llanura. La hora era

la mejor, pues solíamos para pasar la noche acampar á las cinco de la tarde, á fin de proseguir el camino al alborear del siguiente día.

Me dirigía al campamento cuando encontré á Lillián. De un salto puse piés á tierra, y teniendo al caballo de la brida me acerqué á la joven, saludándola, feliz de poder hablarla. Le pregunté cómo tan joven y tan inexperta se atrevía á emprender un viaje capaz de agotar las fuerzas del hombre más robusto.

—De no creerla hija de la tía Atkins, jamás, señorita, la dije, consitenera en dejarla formar parte de nuestra caravana. Y ¿tendrá V. fuerza para seguir adelante? Debe convencerse de que el viaje será incomparablemente más penoso de cuanto V. puede imaginar.

—Lo sé, me contestó sin levantar sus soñadores ojos azules; pero debo continuar, y soy feliz teniendo á V. por protector y guía. Mi padre está en California, y la última carta que de él he recibido me la envían desde Cabo Horn, y me anuncia que se halla en Sacramento atacado de la fiebre. ¡Pobre padre! Nunca supo más que hacer bien y amarme, y por mi amor marchóse á California. Ignoro si lo encontraré vivo; pero siento, sé que yendo hacia á él cumplo mi deber de hija.



De un salto puse piés á tierra, y teniendo al caballo de la brida, me acerqué á la joven...

A tales razones no había objeción posible.

Pregunté á Lillián noticias de su padre. Y me contestó que se llamaba Morris, que había sido juez del Tribunal Supremo de Boston, que es el primer tribunal del Estado. Habiendo perdido cuanto poseía, dirigióse á las entonces recién descubiertas minas de California, esperando adquirir una nueva fortuna que legar á su hija, á quien amaba con indecible amor.

Le cogió la fiebre en el insalubre valle de Sacramento, y viendo que iba á morir envió á Lillián su postrera bendición.

Al recibirla la pobre niña vendió cuanto tenía, y resolvió volar al lado de su padre enfermo.

Su primera idea fué hacer el viaje por mar, pero los consejos de la tía Atkins le obligaron á desistir.

Tía Atkins era natural de Tennesé, y había oído de labios de amigos míos el entusiasta relato de mis luchas con los piratas del Misisipí y de mis atrevidas excursiones por Arkansa, y lo había repetido á Lillián. Le ponderó mi experiencia en viajes á través de las pampas sin límites, y los solícitos cuidados de que siempre rodeaba á los débiles (en lo cual nunca creí hacer más que cumplir con mi deber). Tan entusiasta fué la relación que de mis méritos y cualidades hizo la tía Atkins á Lillián, que ésta sin titubear

resolvió sumarse á la caravana que se disponía á partir bajo mis órdenes. A sus exagerados elogios tía Atkins añadió que yo era de noble cuna. Lo cual explica el interés no exento de simpatía, que hacia el capitán de aventureros sentía el alma infantil de Lillián.

—No dude, señorita, la dije cuando acabó sus explicaciones, que nadie la molestará, ni carecerá de nada. Y por lo que á su padre se refiere, California es tierra sana donde nadie muere víctima de la fiebre. Sin embargo, venga lo que viniere, no quedará usted sola, no la abandonaré, y... que Dios la bendiga y la proteja.

—Gracias, capitán, me contestó profundamente conmovida. Y seguimos hablando tranquilamente, y nuestra conversación era cada vez más franca y amistosa.

—¿Verdad que en la caravana todos la tratan con amabilidad? pregunté lejos de imaginar que tal pregunta pudiese originar desavenencia.

—Sí, me contestó, todos son amables; tía Atkins, tía Grosvenor y también Enrique Simpson; todos son buenos.

El nombre de Simpson me apenó, produciéndome el efecto de un mordisco de serpiente.

—Enrique es un carretero, le contesté, y cuida de los carros.

Lillián, absorta en sus pensamientos tristes, no se fijó en la alteración de mi voz, y continuó hablando dulcemente como consigo misma:

—Tiene un corazón excelente; mientras viva le estaré agradecida...

—Señorita Morris, interrumpí bruscamente, completad la frase; añadid: seré su esposa. Voy creyendo que me elegisteis por confidente de vuestros secretos.

Al oír estas palabras me miró con asombro; calló y proseguimos paseando en penoso silencio. Mis labios no acertaban á pronunciar palabra; mi corazón estaba henchido de tristeza, y latía con violencia enojado contra ella y contra mí.

Luchaba, sufría tanto, que de súbito exclamé rápida y bruscamente:

—¡Buenas noches, señorita Morris!

—¡Buenas noches! me contestó con dulzura, y volvió la cabeza para ocultar dos lágrimas que rodaban por sus mejillas pálidas.

Salté á caballo y dirigíme donde se oían las voces de mi gente. Entre todas reconocí la de Enrique Simpson. Preso de amarga tristeza sufría lo indecible, y parecíame que aquellas lágrimas caían sobre mi corazón. Tiré la rienda con fuerza y momentos después hallábame de nuevo al lado de Lillián.

—¿Por qué llora, Lillián?

—Señor, me dijo con suplicante acento,

sé que es V. de noble familia, me lo contó tía Atkins, y ha sido V. siempre tan bueno, tan bueno para mí...

Y esforzabase para retener las lágrimas, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y los sollozos ahogaron aquella voz suplicante.

¡Pobre joven! mi contestación la había apenado. Me dejé guiar por la envidia, y es mala consejera: al ver á Lillián llorando hubiera querido arrancarme la lengua para testificarle mi dolor. Cogiéndole una mano, le dije con profunda emoción:

—¡Lillián! ¡Lillián! no me comprendió V. No fué el orgullo el que habló por mis labios: no hay en la caravana, no hay en el mundo entero nadie por quien sienta las simpatías que por V. Me afligió un pesar, una tristeza extrema, y tuve necesidad de alejarme, de desvanecerlo; pero sus lágrimas me apenan, no puedo verla llorar: siento más, muchísimo más que V., la pena que le he causado. La admiro, la aprecio, y de no ser así poco me interesaría cuanto pensase de Enrique: es un buen muchacho; pero dejemos estas cosas. Ya ve V. el resultado de sus lágrimas; perdóneme tan sinceramente como lo imploro.

Esta prueba de sinceridad y respeto produjo el efecto deseado. Lillián no cesó en el acto de llorar, pero á través de sus lágrimas adiviné una sonrisa hermosa como rayo

de sol perdido entre nubes negras. Sentí inundarse mi alma de ternura. Y proseguimos paseando silenciosos; y el cielo y la llanura y los árboles y las flores parecíanme más hermosos, más buenos.

El crepúsculo avanzaba. Gozábamos de la admirable temperatura que acompaña la muerte de un día de primavera: y en el aire, que agitábase suavemente meciendo impalpables partículas de polvo, había tanta luz, brillaban con tal fuerza los rayos del sol ponentino, que la llanura con sus grupos de algodoneiros que en lontananza la limitaban, los carros de la caravana y las bandadas de ánades salvajes que graznando cruzaban el cielo volando hacia el Norte, parecían bañados de luz nacarina, dorada.

Este día, que fué para mí fecundo en emociones, debía acabar alegremente, pues la gente, enamorada de la espléndida temperatura, resolvió organizar una fiesta al aire libre. Después de una cena más abundante de lo que solíamos, encendiése una gran hoguera en torno la cual debía danzarse. Enrique Simpson había á este objeto mandado cortar las hierbas en el radio de algunos metros cuadrados, y en ella extender fina capa de arena traída de las vecinas orillas del Cedar-River. Cuando los espectadores se hubieron reunido en el sitio así preparado, Simpson inició la fiesta,

bailando con general asombro una danza salvaje al son de las flautas tocadas por negros. Dejaba colgar sus brazos á lo largo del cuerpo inmóvil, y agitaba suavemente los piés golpeando el suelo con los talones. Los movimientos de los piés eran tan varios, tan rápidos, que los ojos apenas podían seguirlos.

Y las flautas dejaron sus notas graves por otras ligeras, locas, y empezó la danza un segundo bailarín, al que siguió un tercero y luego un cuarto... y se generalizó la alegría. Los espectadores, sumándose á los negros tocadores de flauta, golpeaban los calderos de estaño (destinados á lavar tierras auríferas), ó seguían el compás con unos huesecillos que tenían entre los dedos, los que producían un sonido semejante á las alegres notas de las castañuelas.

De súbito gritaron: ¡Los músicos, los músicos! La multitud formó un círculo en torno la improvisada sala de baile, y en medio de él se precipitaron de un salto Jim y Crow, los negros de la caravana: Jim llevaba en la mano un tamboril de piel de serpiente, Crow los huesecillos de que hablé antes. Miráronse un momento agitando sus blancas pupilas, y luego empezaron á cantar un canto negro interrumpido por rápidos y violentos movimientos del cuerpo. El canto era triste y monótono unas veces, y otras salvaje: la ¡ah! prolongada de la palabra:

«¡Dinah!» última de cada verso, trocábase al fin en verdadero rugido, en aullido de animal salvaje. A medida que aumentaba la agitación y el entusiasmo de los danzantes, sus movimientos eran más rápidos, más violentos, y acabaron chocando y golpeándose con fuerza tal que hubiera roto cual cáscara de nuez la piel de los europeos. Era espectáculo por demás fantástico y original ver las siluetas de los negros destacarse sobre el fondo brillante de la colosal hoguera dando zancadas y brincos salvajes. A sus cantos, á los sones del tamboril, de las cornamusas, de los calderos, y al cloqueteo de los huesecillos, sumábanse disparos de revólver, y los gritos de los espectadores: ¡Viva Jim! ¡Viva Crow!

De súbito, jadeantes echáronse á tierra y empezaron á gemir. Mandé que regalasen á cada negro un buen vaso de aguardiente, con el cual recobraron las fuerzas y la agilidad; pero al breve rato el pueblo soberano pedía discursos.

Cesó el baile y la música. Me levanté, miré á Lillián que de pie sobre su carricoche reía, y luego miré á la multitud.

Al verlas iluminadas por el fuego aquellas siluetas extrañas, aquellos rostros barbudos y cuerpos fornidos, de anchas espaldas, armados de largos cuchillos que, sin vaina, pendían del cinto, parecíame contemplar un

espectáculo de tiempos que fueron, ó creíame jefe de una partida de bandidos. Y todos tenían excelente corazón, aunque la vida de muchos de ellos estuviese sembrada de vicisitudes; pero allí, perdidos en la inmensidad de aquellas soledades, formábamos un mundo pequeño alejado de la sociedad, abandonado á sus propias fuerzas, y al que esperaba una suerte común y amenazaban iguales peligros. Allí el hombre se apoyaba al hombre vecino, se comprendía mejor que todos éramos hermanos. Los parajes salvajes, los desiertos áridos que nos rodeaban, imponían á aquellos aventureros una gran fraternidad. Esto pensaba mirando á Lillián, la pobre muchacha que vivía sin temor entre aquellos hombres, y donde en efecto gozaba de igual seguridad que bajo el techo paterno. Entonces les dirigí la palabra y les dije lo que sentía, todo lo que sentía, tal como debe decirlo un jefe militar que al mismo tiempo es hermano de los aventureros que manda. Los gritos, las aclamaciones interrumpían cada párrafo y cada frase: «¡Hurra! ¡Viva Polonia! ¡Viva *Big Ralph!*» y los aplausos eran ensordecedores. Pero la mayor de mis alegrías, el colmo de mi satisfacción, fué ver entre aquellas manos fuertes curtidas por el sol, dos manos pequeñas que la luz del fuego hacía rosadas agitarse como alas de jóvenes palomas blancas. Entonces sentí crecer en mí el amor al de-

sierto, á los animales salvajes, á los indios, á los proscritos, y exclamé con inquebrantable convicción: «Conquistaré, mataré cuanto osase oponerse á nuestro avance, y guiaré la caravana si es preciso hasta el fin del mundo. ¡Que Dios me castigue si no cumplo mi promesa!»

Un *jhurra!* ensordecedor y cien veces repetido coronó mis palabras; y á los *hurras* siguió grave, conmovedor, tristemente entusiasta, el canto alegre como la esperanza, pero triste como la realidad del hombre que abandona la patria, de los emigrantes: «Crucé el Misisipi y cruzaré el Missouri.» Después Smith, el más anciano de los emigrantes, un minero de Pittsburg, contestó á mi discurso dándome las gracias en nombre de la caravana, y elogiando mi habilidad en dirigirles y hacerles llevaderas las fatigas de tan penosa marcha.

A Smith le sucedió otro orador, y casi todos los campamentos proporcionaron el suyo. Algunos tuvieron frases muy graciosas, y Enrique Simpson les interrumpía de vez en cuando gritando: «Que me ahorquen si no digo la verdad.» Acabados los discursos sonaron las flautas, cloquearon los huesillos y los hombres reanudaron la danza salvaje.

Reinaba la noche: la luna elevándose calmosamente, brillaba tan clara que las

llamas de la hoguera palidecían. Y gentes y carros aparecían á la par iluminados por la luz rojiza y por la luz blanca. La noche era espléndida. El alegre brillo del campamento contrastaba con la calma y sueño profundos de la pradera sin límites.

Del brazo de Lillián di la vuelta al campamento. Nuestras sombras al pasar por ante las hogueras se alargaban hasta perderse, vagas, informes, confundidas entre las altas y sombrías hierbas, misteriosas como lo desconocido. Dos montañeses interrumpieron un momentáneo silencio tocando en sus cornamusas la tonada triste, las notas henchidas de añorivola dulzura de la *Bonnie Dundee*. Nos detuvimos á corta distancia, y escuchamos sin decir palabra.

Miré á Lillián... y ella volvió la cabeza cual si anhelara esconderla en las sombras. Por aquel entonces aun era joven y sentía que al decirle á Lillián «te amo» iba á ser el término de un período de mi vida y el principio de otro nuevo: ¡ya sería hombre! Y aun presintiendo la felicidad de que una alma pura latiese al unísono de la mía sola y vagabunda, me detuve quizás deslumbrado por la luz que de aquélla irradiaba. Además, cuando el amor no nace de los labios sino del corazón, dudo haya nada más di-

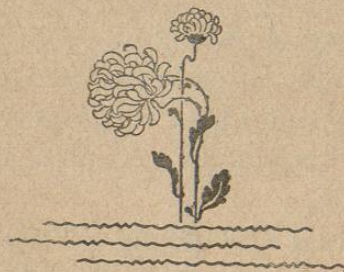
fícil que pronunciar de él ni siquiera una palabra.

Al fin ambos levantamos los ojos y miramos las estrellas cual si eleváramos á Dios una plegaria. Y en aquel momento alguien sentado cabe á la gran hoguera me llamó, y nos dirigimos allí. La fiesta había terminado: para coronarla dignamente los emigrantes resolvieron cantar un salmo antes de retirarse á descansar. Los hombres descubrieron sus cabezas, y á pesar de que entre ellos los había de varias creencias, todos se arrodillaron sobre la hierba de la pradera y reverentes empezaron á cantar el salmo: «Errantes por el desierto...» El espectáculo era imponente. En cada pausa el silencio era tan perfecto que oíase el chisporroteo de la hoguera casi apagada y el saltar de las cascadas del río.

Me arrodillé al lado de Lillián y la miré una ó dos veces: sus ojos brillaban con intensidad desusada, su cabellera caíale sobre sus hombros en ligero desorden, y cantaba el himno tal como deben cantarlos los Angeles.

Acabada la oración los hombres se retiraron á sus campamentos. Siguiendo mi costumbre pasé revista á los centinelas, y luego intenté descansar como los otros. Pero esta vez cuando las misteriosas voces del silencio empezaron á cantar á mis oídos,

cual solían cantarlo cada noche: ¡Lillián!
¡Lillián! ¡Lillián! sabía que no muy lejos
dormía en su carricoche la que era luz de
mis ojos y alma de mi alma, y sentía que en
el mundo entero no había mortal á quien
amasé con el amor que amaba á Lillián.



CAPÍTULO TERCERO

CUANDO teñían el cielo los primeros
albores, cruzamos Cedar-River.
Descansamos en la cima de una
colina: entre el río y Numébagó extiéndese
en suave declive hacia el Sud, la vasta lla-
nura que muere en la ancha faja de secula-
res bosques, límite del Iowa.

Aquella mañana observé que Lillián no
me miraba. La vi triste y meditabunda...
¿En qué pude molestarla la víspera?

Apenas salió del carricoche; y tía Atkins
y tía Grosvenor temiéndola enferma la col-
maron de cuidados más solícitos, de testi-